

LUIS BERENGUER, *El mundo de Juan Lobón*, ed. de Ana Sofía Pérez-Bustamante Mourier, Madrid, Cátedra (Col. Letras Hispánicas), 2011, 560 págs.

El mundo de Juan Lobón es un clásico indiscutible que Cátedra tiene ahora la gentileza de ofrecernos. Premio Nacional de la Crítica y finalista del Premio Alfaguara, la novela emblemática de Luis Berenguer (1923-1979) ha resistido holgadamente en el mercado, desde su publicación en 1967 hasta nuestros días, con el entusiasmo de un público encandilado como único instrumento publicitario. Su aparición en la colección Letras Hispánicas supone, por fin, el reconocimiento sobradamente merecido de una novela sin rival temático –es el relato del furtivo andaluz por excelencia-, de una narración que embriaga al lector sumergiéndolo en la esencia del paisaje serrano bajoandaluz, en la voz del “hombre primitivo” que vive en comunión con esta tierra edénica que, como la libertad originaria del protagonista, amenaza con extinguirse ante la presión de la civilización. Lobón es un cazador nato (más aún, un prototipo casi mítico de hombre salvaje) para quien la caza es cuestión natural de supervivencia, pero en pocos años ve convertido su oficio en delito, porque la hambruna de la posguerra (primero) y la democratización de la caza como deporte en los años 60 (después) llevan a reforzar la presión de la ley sobre los furtivos: “yo nunca entenderé eso de liar el deporte con la escopeta, ni lo que tendrá que ver la pelota y todas esas tonteras con darle un trabucazo a un bicho”.

El relato adopta la forma de autobiografía de un cazador que es apresado injustamente por no aceptar el yugo de terratenientes y caciques: a partir de esta situación, encarcelado, decide escribir la verdad de su vida para que el hijo que va a tener no se avergüence nunca de su padre, para que se conserve intacto el orgullo de una casta de hombres libres que remite prácticamente a la situación del cazador prehistórico. La huella de la picaresca y de la neopicaresca de Camilo J. Cela en la fórmula narrativa es innegable, pero Lobón no es un héroe degradado sino, por el contrario, un hombre cabal, que, lamentablemente, parece no tener ya cabida ni en la sociedad feudal del agro andaluz tradicional, ni en la sociedad aburguesada que se superpone a aquella a partir de la posguerra: “La culpa de todo la tiene la ley, que cualquier día ponen una para respirar (...) La ley es una puñetera mierda que todo lo pringa. Donde padre nada había escrito y todos nos queríamos”.

La narración en boca de este personaje fascinante -Juan Lobón, inspirado en el cazador José Ruiz Morales (1927-1996)- es lo que dota al texto de toda su grandeza: el lector asiste al mundo rural de Lobón con los ojos de un protagonista vigoroso y tierno, mitad hombre mitad bestia, cuya voz prehistórica se alza para denunciar los abusos de la apropiación latifundista de la tierra (esa tierra *que da sus frutos para todos*), con toda la sinceridad de un discurso primario, ingenua, que precede a cualquier ideología. Es uno de los tesoros que brinda esta novela: la franqueza de una dicción telúrica que, con una inteligencia natural que está por encima de la cultura letrada, ofrece un testimonio profundamente humano.

A la veracidad de la voz del narrador nada puede reprochársele: con maestría, Berenguer reproduce el habla popular bajoandaluza dando inigualable verosimilitud –superior, en cuanto que reflejo de un colectivo, a la del *Pascual Duarte*– al parlamento de los personajes. Como resalta la editora, resulta milagroso ver convertida el habla andaluza, coloquial y rústica de la sierra de Cádiz en alta literatura, y afirma: “*Juan Lobón no presiente, sino que barrunta, no nombra o menciona, sino que mienta, a él las cosas no se le ocurren, sino que se le infunden, personas y animales no tienen lugares preferidos, sino querencias, burlarse de alguien es burrear y entrometerse es mojar sopas (...) Los mordiscos son bocados (...) Las distancias se miden en tiros de escopeta...*”. El lector despierto disfrutará sobremanera del tesoro léxico que Berenguer preserva en su novela, llena no sólo de vocabulario cinegético –ignorado y hermoso–, sino también de voces arcaicas conservadas en el ámbito rural, arabismos, gitanismos... Voces inmersas en un texto que, a pesar de la cantidad desorbitada de vocabulario desconocido para el lector no andaluz o, sencillamente, para el lector urbano, no pierde la mayor de sus virtudes: su inteligibilidad. Y es que esta dicción popular, tan adherida a la naturaleza de la que parece emanar, despliega una creatividad lingüística a la que uno asiste maravillado, como quien oye hablar a la tierra misma a través del hilo con que entretejen hombre y mundo sus metáforas. Palabras que vibrarán en la intuición del lector reencarnándose en su intelección con cierta familiaridad hermosamente infantil o primitiva. Para explicar el comportamiento humano o la sentimentalidad, el narrador recurre a realidades animales o naturales: con esa belleza de los versos hernandianos, el hombre se hace toro, se hace hielo, se hace zarza, se hace piedra... Al respecto, la editora hace en el prólogo y a pie de página hermosas observaciones

como ésta: *el crepúsculo vespertino es el “lubricán”*: la hora en que todo se confunde, la hora entre can y lobo. Es un lenguaje, como la poesía flamenca, en que trasmina la geografía, ese grito marginal y antediluviano de la médula andaluza. Y es tal la importancia lexicográfica de la obra que muchas de estas voces fueron incorporadas al *Diccionario del español actual* gracias a la pluma de Berenguer, cuyo *Mundo de Juan Lobón* es “autoridad” muy a menudo aducida. Esta edición, además, facilita la oportunidad al lector de ir aprendiendo cómodamente el léxico descrito con el seguimiento de las puntuales notas que Ana Sofía Pérez-Bustamante ha distribuido. La artífice de esta excelente edición crítica incluye, además, un riguroso estudio preliminar que ofrece desde textos donde el mismo autor describe el proceso de composición, hasta cartas o documentos de época... Y, por supuesto, un agudo estudio personal erigido sobre una base multidisciplinar que toma desde los pensamientos orteguianos sobre Andalucía, hasta las teorías antropológicas de Harris, dando fascinante explicación al fenómeno singular que representa *El mundo de Juan Lobón*: una narrativa andaluza de temática enormemente peculiar y desarrollada por un autor que, al margen del mundo literario, aparece por sorpresa iniciando una carrera admirable. La narración de Berenguer, “realismo vitalista” entre la neopicaresca de Cela y la epopeya, presenta una fórmula seductora que deja espacio al humor, a episodios vivaces, a la reflexión y el intimismo, la denuncia... Pero es también una valiosísima fuente histórica, testimonio veraz de la vida rural serrana de la baja Andalucía de posguerra, donde se imbrican el fenómeno del maquis, el contrabando, el caciquismo, la incorporación de los avances tecnológicos al mundo agreste, etc.

En definitiva, una novela que gozarán cazador y ecologista, historiador y filólogo, sociólogo y literato, andaluz y no andaluz, y, por supuesto, el lector de a pie que, como yo, al terminar la lectura, echará de menos a este protagonista mítico y encantador que, más allá de la pobreza lacerante y la violencia, defiende la libertad de la tierra y de los seres, pues a través de Lobón se estará echando de menos a sí mismo, quizás al niño que no puede emerger en el mundo adulto, quizás al hombre que es por naturaleza, quizás el tiempo en que toda la tierra pudo ser suya.

La historia de Juan Lobón, lobito bueno al que maltrataban todos los corderos, más allá del conflicto individual, posee un alcance universal: libertad natural *versus* constricción social. Su fuerte

impronta popular ayuda a disolver los límites particulares del relato: el autor, empedernido amante de las manifestaciones creativas del pueblo, hace reverberar lo popular en el estilo, al que ya hemos hecho referencia, e ingeniosamente en la configuración de su protagonista, que se construye sobre la imagen folklórica del hombre lobo –versión realista– ¡Qué bien intuyó Berenguer cuán representativa es la leyenda del licántropo de la existencia humana que oscila entre su ser salvaje, bestial y su tibia existencia social! Hace más de 2000 años que Plauto dijo que *lobo es el hombre para el hombre*; y yo me pregunto por qué este animal ha sido desde tiempos remotos encarnación del Mal absoluto cuando lo único que ha hecho es sobrevivir de la única forma que puede. El caso de esta novela se ilustra mejor con el ingenio de Ory, para el que el hombre supera en crueldad a la bestia: *el lobo es un hombre para el lobo*.

Es triste ver extinguirse la voz de Lobón en la última página, mirar alrededor y verse sometido por el capital y las leyes que no ha inventado uno mismo; porque al hombre, que –me atrevo a la redundancia conceptual– es nietzscheano por naturaleza, lo único, quizás, que en su existencia le compense el sentirse irremediadamente solo, es sentirse libre. Desterrada de tu mundo, Lobón, sólo me queda el licantrópico deseo de vivir como tú como lo quiso Pilar Paz Pasamar: *“loco, serio, alegre y triste/ como aquel que ha vivido sólo (solo) de su verdad”*.

NEREA GALÁN FERNÁNDEZ
Universidad de Cádiz